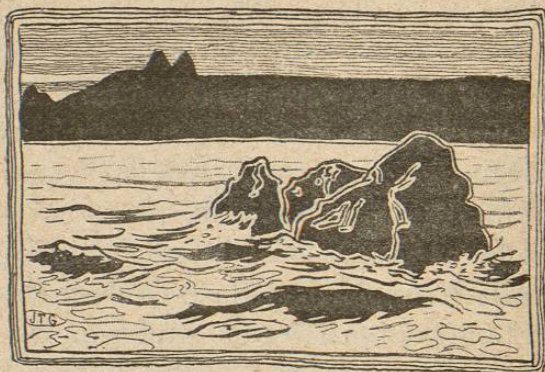


misterio de la naturaleza descansando en sus brazos como entre los pliegues de una manta sedosa y tibia, y así, adormecido, saborear el placer indecible de aquella semimuerte encantadora...

.....



### CAPÍTULO TERCERO.

**P**ERO vino el despertar...  
 Un día, minutos después de haber la barca dejado las provisiones, Skavinski salió de la torre y vió con sorpresa junto á aquéllas un bien atado paquete. Los sellos del correo eran de los Estados Unidos, y escrita con gruesos caracteres leíase la dirección «Skavinski-Esq.<sup>re</sup>.»

El anciano no sin curiosidad rompió el cordel, rasgó los papeles y le admiró ver que el contenido eran libros. Tomó uno y lo

abrió. Su mano temblaba de emoción, y para ver mejor la pasó por delante los ojos. Cree soñar; ¡aquel libro es polaco! ¿Qué significa? ¿Quién se lo envía?

Había olvidado que uno de los primeros domingos pasados en el faro, leyó en el *Herald* que en New-York se había fundado una Sociedad de polacos, y que para ayudarla en sus empresas le había remitido buena parte de su primera mensualidad; y los polacos de New-York testificando su agradecimiento le enviaban aquellos libros.

En los primeros momentos le era imposible al anciano recordar esos detalles. ¡Libros polacos en Aspinwal! ¡en el faro! ¡en la roca solitaria! Era para él algo extraordinario, un milagro. Sentóse y cerró los ojos, convencido de que, como sucede al despertar de hermoso sueño, al abrirlos todo habría desaparecido.

Sin embargo, el paquete continuaba allí, siempre ante él, abierto el libro, bañado de sol. Al alargar la mano para cogerlo debió contener los latidos de su corazón: era un tomo de poesías. En la primera página leíase el título de la obra, y algo más abajo el nombre del autor.

Este no era para Skavinski un desconocido: había leído algunas de sus poesías en París el 1830. El libro era de Mickiewicz, el rey de los poetas polacos.

En América, en sus numerosos viajes y aventuras, el viejo torrero había repetidas veces hallado compatriotas, pero nunca un libro polaco.

Al volver la primera página sentía vivísima ansiedad. Parecíale que aquella roca solitaria se transformaba en algo más hermoso, más grande.

Reinaba el silencio y la calma.

Los relojes de Aspinwal tocaban las cinco de la tarde. No empañaba una nubecilla la transparencia del cielo azul: destacándose sobre el fondo brillante, algunas gaviotas revoloteaban sobre la roca. El Océano parecía dormido. Las olas tranquilas besaban la arena. A lo lejos descansaba Aspinwal, la de las blancas casas. Y aquella calma grandiosa tenía algo de solemne, avasallador.

Interrumpiendo el silencio imponente, levantóse la voz temblorosa del anciano que leía muy alto, cual si deseara saborear con mayor intensidad los sentimientos que en su ánimo despertaba la lectura:

«¡Tú eres mi vida, Lithuania, mi patria!

«Jamás un desterrado te soñó más hermosa de lo que te veo al sentir hoy en mi alma vibrar la simpatía, el inmenso amor que te profeso.»

. . . . .  
 . . . . .

La voz de Skavinski se debilitaba. Las letras se confundían, danzaban ante sus ojos. De su pecho se escapó un suspiro. Su corazón latía con fuerza; su voz temblaba y las palabras no querían subirle á los labios. Recobrando la perdida serenidad prosiguió:

«A ti, mi santa patria, vuelvo mis ojos anegados en llanto.

«Y fortalecido por tu vista, marchó animoso, siempre adelante, soñando besar tu tierra bendita.

«Gracias Dios mío, porque siento renacer mis fuerzas al recuerdo de mi patria querida.»

. . . . .

A su pesar las lágrimas velaron sus ojos, y no pudo resistir la violenta emoción que le embargaba. Llorando echóse cuán largo era, y sus blancos cabellos se confundieron con la arena del mar...

¡Cuarenta años que no había visto su patria, cuarenta años que nadie le había hablado de la tierra en que nació! ¡Y tan dulces recuerdos le sorprendían en otro mundo, en la roca solitaria, á través de los mares que le separaban de su amada, de su adorada tierra!

No eran de dolor aquellas lágrimas, eran de una ternura inmensa que invadía todo su ser, que le hacía parecer indiferente cuanto no fuese el recuerdo de su patria.

Y le pedía perdón á su patria porque era tan viejo, y por haber amado tanto aquella roca solitaria que llegó á olvidarse de la tierra en que nació. Pero ahora, al influjo del recuerdo, sentía renacer el amor con fuerza tan grande que le parecía milagro. El corazón latía de gozo en su pecho oprimido.

Pasaban horas y él seguía sentado, inmóvil. Las gaviotas volaban á su rededor lanzando gritos al parecer tristes, asustadas quizás al ver la inmovilidad de su anciano amigo.

Llegó la hora de la cena. Las gaviotas se atrevieron á rozar con sus blancas alas la cabeza del viejo. Entonces el torrero, ya más tranquilo, se levantó: sus ojos parecían inspirados.

Regaló á las aves todas sus provisiones, y éstas se marcharon lanzando gritos de alegría. Luego sentóse y abrió el libro.

El disco del sol escondíase al parecer entre los jardines y el bosque de Panamá: se hundía majestuosamente tras el istmo, en el vecino Océano, inundando el Atlántico de luz crepuscular.

Skavinski leyó:

«Hoy vuela, vuela, feliz alma mía, entre los bosques de suave declive, y los campos vestidos de flores.»

Y la obscuridad tendió un velo sobre las

letras. El anciano apoyó la cabeza en una roca y cerró los ojos. Entonces «su alma voló feliz entre los bosques de suave declive, sobre los campos vestidos de flores.» Soñó el cielo tan puro, la campiña encantadora de su patria querida. Oía vibrar el canto de los abetos y el dulce murmurar de las fuentes del bosque. Veía las regiones de su tierra, y cada región le brindaba nuevos recuerdos: ¡campos sin límites, bosques y pueblos! ¡Recordaba y era feliz!

Anohecía. La linterna del faro debía con sus rayos luminosos guiar á través de la obscuridad del mar. Pero en aquel entonces el torrero se hallaba lejos, muy lejos, en su pueblo natal. Le colgaba la cabeza sobre el pecho y seguía soñando... ¡Cuántas imágenes desfilaban ante sus ojos!... No vió la casa en que naciera, porque antes de su partida la guerra la había arruinado. No vió á su padre ni á su madre, porque habían muerto cuando él era niño. Pero vió el pueblo, igual como si lo hubiera abandonado la víspera: las casas alineadas y las ventanas dando paso á la pálida luz del interior; el valle y el molino; los pantanos á ambos extremos de la calle mayor; y oyó el, durante la noche, incesante ladrar de los perros.

Un día había dado la guardia en el pueblo, y hoy al recordarla dormido, soñaba que era hulano. Oía los cantos de la vecina



El viejo abrió los ojos y miró con asombro al hombre que tenía delante

taberna donde bailaban y reían, y el ruido de sus zapatos al dar contra el suelo cuando, pareciéndole largo el tiempo que había pasado á caballo, desmontaba para distraerse. Transcurrieron calmósas las monótonas horas de la noche: espesa niebla cubría los campos y los bosques. Las aves entonaron la canción de la mañana. La noche había sido tranquila y fresca: una noche de Polonia. El murmullo de los pinos recordaba el confuso rumor de las olas. El horizonte se inundaba de luz rosada. En los setos cantaban los gallos, y cantando les contestaban los de otros setos vecinos. Pasaban las cigüeñas volando muy alto. El hulano sentía renacer su valor. ¿No le afirmaron la víspera que al siguiente día debía librarse un combate? —¡Ah, sí! lucharé incansable.—Su sangre joven hervía á pesar del frío de la noche... La niebla se levantó desvaneciéndose. Los antes vagos contornos de los bosques destacáronse con vigorosa nitidez, y vió las casas, el molino, los altos álamos... aquella tierra, la más querida, la más hermosa, recibiendo, bañada de rocío, los besos del sol. ¡La única tierra que amaba, Polonia, su patria!...

De súbito una voz recia gritó á Skavinski: —¿Cómo? ¡vos aquí! ¡Levantaos! ¿Qué ha pasado?

El viejo abrió los ojos y miró con asombro al hombre que tenía delante. El tér-

mino de su sueño se confundía con la realidad... Al recobrar el pleno goce de sus facultades reconoció á Juan el barquero.

—¿Qué tenéis? preguntó Juan; ¿estáis enfermo?

—¡No!

—Habéis dejado de encender la linterna, y en consecuencia debéis abandonar el faro. Un buque de la matrícula de San Geramo ha naufragado, encallando en el banco. Dad gracias á Dios porque la tripulación se ha salvado, de lo contrario os procesan. Vámonos; tengo orden de llevaros conmigo; lo demás os lo dirán en el Consulado.

El viejo palideció: era verdad; no había encendido la linterna del faro...

.....

Unos días después Skavinski, de pie sobre el puente del *steamar*, abandonaba Aspinwal y se dirigía á New-York. El buen anciano había perdido el empleo.

Skavinski veía extenderse ante él desconocidos senderos. Pobre hoja arrastrada otra vez por el viento del infortunio, ¿dónde encontrarás el descanso que anhelas?

El rostro pálido y adelgazado del anciano reflejaba los tristes efectos de los días que siguieron á su desgracia: su hasta entonces apuesto talle habíase encorvado; y si los ojos brillaban de manera extraña era que en

la nueva etapa del viaje de su vida llevaba, estrechándole contra su pecho, el libro querido. De vez en cuando lo apretaba con fuerza contra el corazón, cual si temiera que alguien intentara arrebatarse aquel su único amigo, ¡el amigo que le hablaba de la patria!

